

Fecha 30.01.2009	Sección Opinión	Página 31
----------------------------	---------------------------	---------------------

Doña Amalia, mexicana universal

Rodolfo Echeverría Ruiz

Hiroshima. Agosto, 1965.— Aniversario 20 de la explosión de la bomba atómica. La Universidad de Tokio organiza aquí un encuentro internacional por la defensa de los derechos de la juventud. Se ajusta la primera década del acuerdo cultural entre México y Japón. El primer ministro Hayato Ikeda inaugura el coloquio y rinde homenaje “al prototipo de las mejores virtudes de las mexicanas: Amalia Solórzano, dulce y enérgica mujer. Su incansable labor solidaria procuró hogar y futuro en México para centenas de niñas y de niños cuyos padres democráticos combatían o morían o eran encarcelados durante el desastre bélico español”.

Entre otras personalidades mundiales asisten Octavio Paz, entonces embajador de México en India (y antiguo encargado de negocios en Tokio), y Rafael de la Colina, jefe de nuestra misión diplomática en Japón.

Roma. Octubre, 1975.— Dolores Ibarruri, emblema mundial de las insurgentes, cumple 80 años. En el momento culminante de su alocución manifiesta “el agradecimiento de las madres republicanas españolas para Amalia, esa inmensa mexicana, cuyo amor, tierno y diligente, protegió a nuestros hijos cuando perdimos la guerra civil”.

Rafael Alberti estrena y lee un poema dedicado a Pasionaria —“Dolores de la Libertad”— ante una apoteósica multitud. Obreros italianos, españoles, franceses, acompañan a la legendaria figura en aquellos momentos históricos previos al inminente inicio del proceso transicional hacia la democracia en España.

La Habana. Octubre, 1983.— Embajada de México. La presidenta de la Federación de Mujeres, Vilma Espín, le obsequia unos libros de Martí y un óleo de Portocarrero. Y dice emocionada: “Para mi querida amiga y compañera Amalia, un abrazo fraterno de quienes reconocemos en ella a un decisivo apoyo mexicano durante los primeros pasos de la Revolución Cubana”.

Juchitán, Oax. Cuenca del Balsas. Agosto, 1986.— Una tarde calurosa doña Amalia visita el mercado Morelos. La rodea un alegre grupo de indios triques, nahuas, mixtecos. Vienen de Guerrero y de Oaxaca. Al fondo, música de viento: jaranas, chilenas, sones. Oye a todos. Habla con todos. Para cada uno tiene preguntas intuitivas, palabras afectuosas. Cena en casa de una humilde familia del pueblo: frijoles negros con epazote, pan labrado, empanadas de chilacayote, dulce de membrillo.

Horas después emprende el camino de Tlaxiaco. Bordea la Laguna Encantada en cuyas secretas aguas verde esmeralda solía nadar el “General, Presidente de América”, que abrió en el combatiente México “las puertas y las manos al errante, al herido, al desterrado, al héroe” (Neruda).

Madrid. Octubre, 1996.— El Senado español otorga *postmortem* a Lázaro Cárdenas su más alta condecoración. Señorial, ella acude y recibe la presea. Sonríe con pudorosa jovialidad.

Evoco, conmovido, esos episodios. He sido testigo de ellos en mi calidad de estudiante, político, servidor público. Irradian la armoniosa luz interior, la elegancia espiritual y el decoro de un ser humano inigualable consagrado, por predestinación y durante su vida entera, a servir a México y a entender a la política a la usanza de los griegos clásicos: una síntesis de las mejores misiones humanas y su forma superior. Recuerdo a doña Amalia con respetuoso cariño.

Consejero político nacional del PRI



Fecha 30.01.2009	Sección Opinión	Página 31
----------------------------	---------------------------	---------------------

